

**Escuela Nº 16 “Hipólito Yrigoyen”****Título:** Barro Blanco**Autora:** Molina Meza, Inés Carolina

Un racimo de cosas bellas se atemperan en mi mente, cuando analizo los vocablos “docente rural”.

Son inigualables todas las escenas imaginadas, la nívea urbanidad, en contraste con el escenario rural.

La armonía del diáfano atuendo, con la inocencia de cientos de chiquillos que han pasado por mis manos, no se compara con el reducido número de abrepuños que alberga el llano, la majestuosidad de mi campo.

Todos los inicios son crueles e ingratos. Jamás olvidaré el amargo sin sabor de mis lágrimas, cuando se produjo el primer ingreso a la escuela, después del letargo lento de una fastidiosa tormenta.

Esa senda interminable, acuosa, lodosa, me abría los brazos y yo .... No quería abrazar, me invitaba a disfrutar.... Pero yo no podía. Parecía que el pegajoso lodo, me cegaba con una venda bellaca, azabache.

El transcurrir del tiempo, claro y traslúcido, después de cuatro años, me ha quitado la venda; ya el titilante barro no se adhiere a mis botas con fastidio, se ha incrustado sin permiso, en el corazón.

Dicen, que hay que disfrutar el trayecto y no el final del camino, en este caso, la meta, revirtió toda posibilidad de esa afirmación.

Mis abrepuños, ya no eran abrepuños, eran diminutas y blancas florecitas que se abrían para esperarme, como azahares en primavera, sobre la tranquera.

Mis proyectos, aspiraciones y anhelos se tornaron en variados matices.

Mi PERIODICO ESCOLAR, dejó su tonalidad monocromática, puedo percibir hoy, un fulgor tenue y dorado en sus páginas, cargado de identidad y de historia herrumbrada y no tanto.

Mi HUERTA me regocija con los destellos de tomates grana y bermellón, el odorífero verde de la albahaca, los ocres amarillos de los ajíes, y el pequeño vergel de lilas violáceas que danzan para espeluznar a los insectos intrusos; ni olvidar los matices verdosos, en armoniosas escalas cromáticas de lechugas, perejil y acelgas.

Todo eso, junto a Pancho, el espantapájaros, casi de bruces con el sombrero de enmohecida paja y esqueléticas extremidades de caña vieja, indicio de una ardua labor escolar.

Ni hablar del proyecto de CUENTOS, parece que Caperucita, me divisa desde lo alto del quejoso molino, y que Pinocho y el lobo, velan mis pasos, quizá detrás de los acacios espinosos. Y porque no, un horripilante monstruo sanguinolento, agazapado en la escuelita vieja, espera amedrentarme; mientras un extraterrestre se hamaca en la luna de Samborombón.

Inolvidable también, el sinigual aroma de las tortas fritas de las familias, que me empuja y como centinela, me orienta entre la interminable huella abierta, para que avance, cuan princesa en la oscuridad de una alfombra atezada.

LAS FAMILIAS TRABAJAN, claro que sí, es un honor llegar a compartir la hospitalidad y la alianza de un simple mate amargo con tortas fritas, para corroborar en un proyecto sencillo, la magnificencia de la labor rural.

¡Ay Dios mío!, hasta el QUIJOTE DE SAMBOROMBON, me hace reverencias, y con un torbellino de hermosa locura me indica que han caído 150 ml; o por el contrario, a veces, se encuentra apaciguado y calmo, casi marchito..... y me besa... me besa el corazón.

Esas y otras tantas experiencias, como agua clara y fresca, han colmado la sed de zozobra, inquietud, ansiedad y ostracismo que me invadían.

Hoy, puedo ostentar y magnificar mi cotidiana labor, mi hermosa labor.

Hoy mis abrepuños, se han convertido en florecillas de loto, pues ha nacido en el barro, y mi barro, cuan manto me envuelve y me apachurra .

Mi barro turbio y sombrío ha sufrido la más maravillosa de las metamorfosis .... Hoy mi barro es traslúcido, traslúcido y blanco.... Y yo obsecuente, a su lado.

Molina Meza Inés Carolina.